

C.I.A.

EL Presidente de los Estados Unidos ha decidido hacer pública una parte del informe de la comisión que ha investigado las actividades de la CIA, acusada de ilegalidad. El nombramiento de la comisión inquietó ya a los denunciantes: la consideraban parcial, favorable a la CIA, a partir del nombre mismo de quien la presidía: el vicepresidente Rockefeller. La Casa Blanca es partidaria de la CIA, y el propio Ford declara ahora que es «absolutamente necesaria para la salvaguarda del país», aunque su actuación deba ser corregida por el Congreso o por el Presidente.

LA campaña contra la CIA está inscrita en la revolución lenta de un grupo de parlamentarios y de hombres públicos, de juristas y de periodistas —es decir, los basamentos típicos de la democracia: representación del pueblo, justicia y opinión pública—, que comenzó a imponerse con la destitución de Agnew, la publicación de los documentos de McNamara sobre la guerra en Vietnam, el proceso de Watergate y últimamente con la denuncia de las actividades de los Estados Unidos contra el Gobierno de Allende en Chile: esto ya formaba parte de la campaña contra la CIA. El propósito de esta revolución lenta es el de restaurar una democracia original, fundada hace doscientos años, que sin modificar sus textos fundamentales, y aun esgrimiéndolos, ha ido degenerando hasta llegar a una situación de corrupción, de todas las corrupciones. Por eso, las denuncias contra la CIA se han basado, sobre todo, en la ilegalidad de las acciones dentro del país, donde, según sus Estatutos, no tiene derecho a intervenir. La CIA se habría convertido en una verdadera Policía política. Esta acusación se confirma en los datos públicos del informe Rockefeller. Parece que cincuenta y siete mil ciudadanos de los Estados Unidos estaban fichados por la CIA; mantenía «dossiers» sobre setenta y cinco progresistas y hasta sobre trescientos mil homosexuales. La CIA registraba conversaciones telefónicas, violaba la correspondencia, introducía micrófonos en viviendas y oficinas. Se infiltraba en las organizaciones opuestas a la lucha en Vietnam y en otras inocentes que trataba de utilizar —se citan entre ellas la Southern Christian Conference, la Washington Urban League— y mantenía vigilancia sobre cerca de un millar de organizaciones. La Operación Caos debía sobre todo dividir y deshacer organizaciones estudiantiles de la izquierda. Se dice que Nixon y antes Johnson, estimulaban a la CIA para que intensificara estas operaciones.

PERO hay una parte del informe que es secreta. Ford dice que no debe publicarse «por ahora», porque perjudicaría los intereses de la nación. En esa parte está de una manera principalísima todo cuanto se refiere a asesinatos. Hay un rumor público que dice que los asesinatos o intentos no eran sólo contra Jefes de Estado o políticos extranjeros, sino que también se han realizado en el interior del país. Hay sospechas sobre el siempre misterioso asesinato del Presidente Kennedy. En las películas del suceso se ve a los agentes que no tendrían que estar allí y que más tarde iban a ser detenidos como participantes en el asunto del Watergate. Hay sospechas de que la CIA podía estar detrás de los casos de Robert Kennedy, de Martín Lutero King... Ford, al comentar esta parte secreta del informe, se ha referido solamente a sucesos «de los últimos quince o veinte años», y ha añadido: «Yo soy totalmente opuesto a los asesinatos políticos». (El «Times» de Nueva York dice que esta frase «es más fatua que tranquilizadora».)

EN cuanto a asesinatos de jefes de Estado o políticos extranjeros, no cabe duda de que el de Fidel Castro fue intentado; tal vez estuviera la CIA relacionada con el Presidente Trujillo. Se habla de un intento de asesinato del general De Gaulle (el diario de Boston «The Globe» ha pu-

blicado algunos detalles), que habría sido instigado por militantes de la extrema derecha francesa.

AUN no siendo públicos, estos documentos están siendo leídos y analizados por los congresistas encargados de determinar la legalidad o la ilegalidad de la CIA; la recomendación del Presidente de que guarden el máximo secreto no impedirá las infiltraciones. Más que al final de un episodio, como parece indicar Ford, podríamos encontrarnos en el principio: el caso de la CIA puede poco a poco convertirse en un gran escándalo.

HAY que señalar que la CIA no es un caso único ni los Estados Unidos son sus inventores. En los años anteriores a la guerra, el Intelligence Service británico representaba este mismo papel, y en Francia, el famoso asunto Ben Barka —en el que también hubo participación de la CIA: se ha dicho incluso que el general Ofkir era un hombre de la CIA— permitió descubrir un terrible entramado de espías y contra-espías, de Policías paralelas que se vigilaban unas a otras...

ESTA política truculenta, que ya era conocida y practicada con gran asiduidad en el Renacimiento, es un factor continuo de modificación de las circunstancias mundiales. No sólo ha sobrevivido a los esclarecimientos determinados por las urnas, en Parlamentos, la independencia en la justicia y la libertad de la prensa, sino que se ha nutrido de las técnicas modernas y se ha instalado regiamente en nuestro tiempo. Los computadores, los micrófonos, la perfección de las armas le están sirviendo de soporte. Y hasta una especial adhesión por parte del público más simple, que sigue con emoción en la televisión, en el cine y en las novelas la acción de los «héroes» del tipo James Bond, y acepta con entusiasmo esta truculencia política. Desvelada ahora en parte —en mínima parte— en los Estados Unidos, la CIA puede sufrir algo más que los correctivos de los que habla el paternal Presidente Ford. Pero volverá a surgir con otro nombre... ■



La acusación de que la CIA se habría convertido en una verdadera Policía política se confirma ahora en los datos públicos del informe Rockefeller. (En la foto, el vicepresidente entrega a Ford los informes recogidos por la comisión que encabeza.)